



Vivir la Alhambra. Mujeres en la Alhambra nazarí y cristiana

Montserrat Bosch González¹

Resumen: La presencia femenina en la Alhambra ha quedado habitualmente oculta tanto por la potencia en si del propio conjunto monumental como porque las fuentes tradicionales la han invisibilizado sistemáticamente. Poco a poco se va reconociendo la necesidad de incluir el género como un elemento fundamental para entender en plenitud los procesos históricos y también, evidentemente, para interpretar los usos de los edificios. Este artículo trata de contextualizar los espacios de la Alhambra en clave femenina, identificando aquellos que tradicionalmente les han sido asignados pero no sólo. Intenta transitar de la mujer objeto, ideal romántico de princesa cautiva suspirando por su amado, o esposa diletante tumbada entre cojines, a la mujer como sujeto que habita. Porque en la Alhambra vivieron sultanas inteligentes, músicas cultivadas, reinas estadistas, alfareras, y comadronas. Y en la Alhambra trabajan mujeres que documentan, restauran, catalogan, cuidan, difunden, limpian, guían, explican y protegen la ciudad palatina como lo que es, un espacio vital en el que, como poco, la mitad son mujeres.

Palabras clave: Género; Mujeres; Arquitectura; Feminismo académico; Alhambra.

Viver a Alhambra Mulheres na Alhambra nazari e cristã

Resumo: A presença feminina na Alhambra tem sido geralmente escondida, tanto pela potência do próprio grupo monumental, quanto pelas fontes tradicionais que, sistematicamente, tornaram-na invisível. Pouco a pouco, está se reconhecendo a necessidade de incluir o gênero como um elemento fundamental para entender completamente os processos históricos e também, obviamente, para interpretar os usos dos edifícios. Este artigo trata de contextualizar os espaços da Alhambra sob a ótica feminina, identificando aqueles que foram, tradicionalmente, designados, porém não somente esses. Objetiva-se transitar da mulher objeto, ideal romântico de princesa cativa esperando por seu amado, ou a esposa diletante deitada entre almofadas, à mulher enquanto sujeito que habita. Porque na Alhambra viveram sultanas inteligentes, musicistas inspiradas, rainhas estadistas, ceramistas, parteiras. E, na Alhambra, trabalham mulheres que documentam, restauram, catalogam, cuidam, difundem, limpam, guiam, explicam e protegem a cidade palaciana como esta é, um espaço vital onde, como poucos, a metade são mulheres.

Palavras-chave: Gênero; Mulheres; Arquitetura; Feminismo acadêmico; Alhambra.

To Live in the Alhambra Women in the Nasrid and Christian Alhambra

Abstract: The female presence in the Alhambra has been usually hidden both by the potency of the monumental set itself and by the fact that traditional sources have systematically made it invisible. Step by step, the need to include gender as a fundamental element to fully understand historical processes, and also to interpret the uses of buildings, is being recognized. This article tries to contextualize the spaces of the Alhambra in a female point of view, identifying those that traditionally have been assigned but not only. The article tries to vindicate in front of the object woman, identified with the romantic image of captive princess sighing for her beloved, or diletante wife lying between cushions, to the subject woman. Because in the Alhambra lived intelligent sultanas, cultivated musicians, statesmen queens, potters, and midwives. And because in the Alhambra there are actually women who document, restore,

¹ Dra. en Arquitectura de la Universitat Politècnica de Catalunya UPC. Arquitecta Técnica (UPC), Licenciada en Humanidades (UOC), Máster en Sostenibilidad, Tecnología y Humanismo (UPC). Profesora del Departamento de Tecnología de la Arquitectura (UPC). E-mail: montserrat.bosch@upc.edu

catalogue, take care for, disseminate, clean, guide, explain and protect the palatine city as a vital space in which, at least, half of all are women.

Key words: Gender; Women; Architecture; Academic feminism; Alhambra.

“Había pasado un tiempo, cuando un día noté con admiración que durante la primavera a los hombres de la población les brotaban alas de los hombros y podían volar. Se elevaban muy alto, alejándose de la ciudad dejando tan solo a los niños y a las mujeres quienes nunca sufrían esta transformación.” (Las mil y una noches. Recopilación de cuentos medievales en lengua árabe; s IX).

“La libertad de recorrer las calles a su antojo era el sueño de cada mujer. En ocasiones señaladas, tía Habiba solía relatar su cuento más celebrado; trataba de “la mujer con alas”, una mujer que podía irse volando del patio cuando le venía en gana” (MERNISSI, s XX).

Introducción

La Alhambra debería visitarse con una estrategia previa: siendo demasiado joven no es posible valorarla en lo que merece; con el tiempo programado causa angustia no ver todo lo que se desea; ignorantes de su pasado se pierde la esencia. Con la Alhambra sucede como con la Medina de Tetuán: a medida que mejor se conoce, más se descubre, más se disfruta, mejor se entiende y más se la añora.

Programada y preparada con antelación, hay que presentarse ante ella con los deberes hechos, cada uno en su medida: consultadas las reseñas sobre el monumento arquitectónico; leídos los cuentos de Washington Irving; descubiertos los trabajos en archivos y en fuentes árabes e incluso recuperando lecturas periféricas.

Con todo, el recorrido por la Alhambra resulta desbordante y el Síndrome de Stendhal amenaza: a la propia belleza del lugar, indiscutible, es un lujo sumar la posibilidad de conocer la Alhambra secreta, aquella protegida y solo visitable para quienes investigan. A la sensación de privilegio por poder acceder a los sitios privados, se añaden nuevas perspectivas sobre los espacios conocidos, la cercanía a elementos inaccesibles y sobretodo la intimidad. Esa intimidad que permite, ni que sea fugazmente, imaginar la Alhambra en femenino.

Figura 1. Desde la Galería del segundo piso, sobre el patio de Arrayanes, con la celosía de madera filtrando la belleza



Fuente: Fotografía de la autora

En general, se tiene una idea orientalista del mundo árabe y, de la Alhambra en particular, como el palacio nazarí en el que las mujeres, siempre imaginadas en el harem, son identificadas como seres misteriosos, odaliscas envueltas en velos, “huríes de ojos oscuros”, al servicio de las fantasías y apetencias del sultán. Debía haber también otra realidad: una Alhambra doméstica donde las mujeres llevaban una vida que, sorprendentemente, no debía diferir demasiado de la que todavía llevan en Marruecos (MERNISSI, 2011). Una vida familiar y social en femenino que las confinaba en la casa, sus espacios, sus ambientes, siempre al servicio de los hombres, pero donde debían sentirse relativamente libres. Casi tan libres como aún hoy día se sienten en el *hamam* (el baño), seguramente el espacio social más libertario, y en el caso de la Alhambra el más íntimo y tal vez también el más bello.

La presencia femenina en la ciudad nazarí está aún poco explorada porque ni en la literatura ni evidentemente en la imaginería masculina se muestra tal y como era. Y aunque ya se han empezado a desentrañar roles femeninos desde los documentos históricos, tal vez la mejor fuente para entender ese uso en femenino de la arquitectura y de los espacios de la Alhambra sea visitando las actuales medinas marroquíes.

Hay interesantísimos estudios e investigaciones sobre la Alhambra en clave femenina, desde distintas perspectivas y mayoritariamente liderados por mujeres (DÍEZ, 2011; FUENTE, 2006; GALERA, 2017). La incorporación de la mujer al mundo académico aporta a la investigación otros intereses, ciertas perspectivas y nuevos objetivos. Y aunque este no es un artículo de reconocimiento a todo lo escrito, ni un estado del arte, ni encajaría tampoco en lo que se ha dado en llamar feminismo académico, sí pretende ser una mirada a la Alhambra desprejuiciada; una lectura sentimental, porque es imposible no percibir la magia del lugar; y una exposición activista, de reconocimiento y, por qué no, de reivindicación de la mujer-sujeto.

Afortunadamente se empieza a reconocer el papel de la mujer en la sociedad, incluso en el mundo cristiano e islámico medieval. Tímidamente, empiezan a florecer iniciativas culturales y desde el propio

Patronato de la Alhambra se ofrece una visita temática que pretende visibilizar la ocupación en femenino del monumento. El itinerario por algunos espacios habitualmente cerrados al público, recorre la Torre de las Infantas, el Oratorio del Partal, La Rauda, el palacio de Comares, el palacio de los Leones, el harén, el Peinador de la Reina y ya fuera del recinto, El Bañuelo (de nuevo un espacio evocador y único), la Casa Morisca de la Calle Horno de Oro, la Iglesia del Salvador y finalmente el Convento de Santa Isabel la Real.

Las mujeres en la Alhambra nazarí

Para la inmersión en clave femenina en la Alhambra medieval, la ciudad palatina islámica, es imprescindible el libro de la arabista Bárbara Boloix (2013). Como expone la autora, es difícil saber cómo vivían las mujeres en la Alhambra porque lo único de lo que ha quedado registro es de la vida de las sultanas, que llegaron a ejercer una participación velada en la política y algunas de ellas incluso una activa influencia en la corte. Ciertamente, estos casos se reflejan de manera insólita en las fuentes árabes, no aparecen en los poemas laudatorios que decoran la Alhambra, no son objeto de invocaciones religiosas, ni se acuñan sus nombres en las monedas.

El hecho de que su papel fuese extraoficial, ha derivado en que más que estadistas, mujeres de fuerte personalidad, o simplemente influyentes, se las ha considerado desde una perspectiva malévolamente como intrigantes, conspiradoras, origen de entresijos amorosos y causantes de disputas sucesorias.

Aún así, y a pesar de la escasez de referencias escritas, Boloix ha conseguido rescatar la información de los textos árabes y cristianos, y con ello trazar el árbol genealógico de las mujeres de la dinastía Nazarí de los siglos XIII y XIV. Pero no sólo eso: también ha conseguido sacar a la luz al resto de mujeres anónimas que como hijas, esposas secundarias, concubinas, esclavas, sirvientes o artistas poblaban la Alhambra:

La corte nazarí debió de albergar [...] todo un mosaico de féminas que, desde sus considerables diferencias étnicas, sociales, físicas y culturales, llenaron de diversidad y color los múltiples rincones y espacios de la Alhambra: desde las mujeres árabes propiamente nacidas en la familia nazarí, seguramente muy numerosas, hasta aquellas importadas al palacio en calidad de concubinas, pasando por las abundantes esclavas adquiridas para las funciones lúdicas y domésticas. Debió de ser un mundo femenino complejo y diverso y del que únicamente ha quedado una memoria silenciosa en algunos textos de aquellos autores que tuvieron el honor de presenciarlo (2013, p. 202).

Este enjambre femenino a veces con más de una sultana viva (tanto madres como esposas) habitaba los palacios y es insensato suponer que las mujeres permanecían enclaustradas constantemente en sus aposentos. La discusión de donde se ubicaba el harén, qué habitaciones conformaban los espacios femeninos, si las mujeres se encontraban segregadas en las plantas superiores, o apartadas en el Generalife o incluso si permanecían cautivas en las torres, ha proporcionado una extensa literatura, documentada y razonada en la mayoría de los casos, aunque a veces más inspirada por la elucubración y la fantasía.

No ayuda a la interpretación del espacio el hecho que el harén ha sido identificado habitualmente con el serrallo imperial otomano que fue el que fascinó a Occidente casi hasta la obsesión. Un harén turco que inspiró cientos de cuadros orientalistas en los siglos XVIII, XIX y XX, como el famoso *Bain Turc* (1862) de Ingres, el *Femmes Turques au Bain* (1854) de Delacroix, o el *In the Bey's Garden* (1865) de John Frederick Lewis. Y que debió influir también a Irving para sus cuentos después de su estancia en la Alhambra (IRVING, 1974; GALERA, 1992).

Y efectivamente, tal y como describe Mernissi,

los harenes imperiales, es decir, los espléndidos palacios llenos de mujeres lujosamente ataviadas y reclinadas lascivamente con indolencia, con esclavos a su lado y eunucos vigilando las puertas, existieron cuando el emperador, su visir, sus generales y sus recaudadores de impuestos, tenían influencia y dinero suficientes para comprar centenares y a veces miles de esclavos en los territorios conquistados y para mantener luego tan costosas casas (2013, p. 47).

Pero de los extremos no deben desprenderse lecturas generalistas.

Figura 2. Le Bain turc © 2007



Aún entre tanta fantasía, tras las celosías existían mujeres sujeto valiosas y respetadas tal y como muestran los tratamientos oficiales y los epítetos que las acompañaban: la noble, la señora, la libre, la casta, la pura, la piadosa, la virtuosa, la decente, la ilustre, la excelsa, la elevada, la honrada, la respetada, la bienhechora, la limosnera, la caritativa, la célebre, la solemne, la grandiosa, la perfecta e incluso la dichosa (BOLOIX, 2013).

Y había efectivamente primeras esposas, concubinas y esclavas. Las primeras con la responsabilidad de dar un hijo varón a la dinastía, igual que sucedía en las cortes cristianas. Las segundas, desposadas y con un papel habitualmente clave para el buen funcionamiento del harén podían ser musulmanas pero también cristianas (normalmente cautivas), y debían ser tratadas con la misma dignidad que cualquier esposa de sangre árabe y de origen musulmán, según rezaba el Corán. Para estas concubinas, ser madres de uno o varios hijos del sultán les permitía escalar tanto en la organización social de palacio como adquirir ciertos derechos, entre ellos la libertad.

Junto a estas concubinas hubo también esclavas destinadas al servicio doméstico: camareras y cocineras, pero también comadronas, médicas (ya que las mujeres no podían mostrarse ni ser atendidas por hombres) e incluso nodrizas. La mayoría de estas mujeres eran de color, más baratas que las cristianas o blancas, iban sin velo, descalzas y tenían libertad de movimiento. Y existía el grupo de las esclavas destinadas al entretenimiento, que accedían a los espacios reservados a los hombres para amenizar las fiestas y reuniones. Cantoras, bailarinas, y músicas que, en caso de mostrar aptitudes, incluso recibían educación.

Así pues se daba la paradoja del “velo”: cuanto más alta era la posición social de las mujeres, más tupido era éste. En palabras de Boloix:

[...] cuanto más debajo estaba en la escala social, tanto en la ciudad como en el campo, más podía la mujer ir y venir libremente, en un cierto radio alrededor de la casa [...]. Su reclusión en el Gineceo, su vigilancia estricta y continua, su indolencia ociosa solo se daba en las familias notables o de burgueses (2013, p. 35).

Recorrido por los espacios femeninos de la Alhambra

En los siglos XIII y XIV se edificó la Alhambra nazarí (“al-Qal‘a al-hamrâ” “la ciudadela roja”) con sus murallas rojas de tapia calicestrada y sus almenas. Desde un principio la Alhambra fue una ciudad palatina, que se impuso sobre la ciudad fortificada de Granada y el sultanato del mismo nombre. Su manifiesto carácter de fortaleza y su estratégica ubicación la convirtieron en una ciudad específica de la Alta Edad Media que es tanto una síntesis de las construcciones palaciegas del Islam primitivo como de la arquitectura defensiva (BARRUCAND; BEDNORZ, 1992).

En el momento de máximo esplendor, las murallas, con sus 23 torres y cuatro puertas protegían, además de los 7 palacios, residencias de diversas categorías, oficinas, la casa de la moneda real, mezquitas privadas y públicas, talleres, cuarteles y presidios, baños públicos y privados, la necrópolis real, jardines, huertas, un sofisticado sistema de suministro y canalización de agua, una residencia de verano (El Generalife), y al igual que todas las otras ciudades palatinas islámicas, la Alhambra tenía también sus tiendas y talleres (MALPICA, 2001). Con el transcurso del tiempo fueron desapareciendo las edificaciones más sencillas quedando solo los palacios más deslumbrantes.

Los sultanes que más contribuyeron a su construcción fueron Yusuf I y sobre todo Muhamad V quienes, por lo que sugieren las inscripciones en los muros, erigieron las edificaciones más lujosas: Las puertas de las Armas, las torres del Candil, de la Cautiva, de la Machuca y de Comares, el Menxuar (Sala del consejo) y la Sala de las Dos Hermanas, que conduce a su vez al Mirador de Daraxa (del árabe “Dâr ‘Aisha”, “la casa de ‘Aisha”).

Una peculiaridad de la Alhambra son también las torres defensivas convertidas en pequeños espacios habitacionales o de recreo: de planta cuadrada o rectangular, en los pisos se encuentran habitaciones con galerías que asoman al patio central y su fuente de agua, mientras conservan un aspecto exterior casi presidiario, con pocas aberturas y muros rotundos. Estas torres recibieron con posterioridad nombres como el “Peinador de la Reina” y la “Torre de las Damas”, así mencionadas en las leyendas que Washington Irving coleccionó y en las que narra, como corresponde al imaginario romántico, la melancólica vida de las infelices princesas árabes suspirando por sus enamorados.

El recinto de la Alhambra es una fuente de lectura infinita, un goce para los sentidos y un potente estímulo intelectual. Y es difícil centrarse en un concepto tan amplio como los espacios femeninos sin dejarse caer en conjeturas y suposiciones. Asumido el hecho de que en la cultura islámica las estancias femeninas se desarrollan hacia el interior, no hay mejor manera que adentrarse en los palacios para intentar recrear los ambientes. El paso a través del Menxuar y del cuarto dorado, lleva a la fachada de Comares y al primer vestigio (aunque no sea original) de la presencia femenina: las celosías del primer piso.

Aún en la actualidad, en la arquitectura islámica las estancias femeninas se abren a los espacios interiores y a los patios que dan paso a las diferentes estancias independientes. Así se recoge en las fuentes árabes que comparan el placer con la arquitectura y a ésta con la mujer honrada, es decir, la desposada o la virgen, recelosa del exterior y que se explaya hacia el interior (RUBIERA, 1988).

Figura 3. Fachada de Comares: la entrada a los palacios se observa a través de las celosías como el primer vestigio de la Alhambra en femenino.



Fuente: Fotografía de la autora.

También Vitruvio (80-70 a.C.- 15 a.C.) (VITRUVIO, s/d.), (Libro VI, capítulo X) al hablar de la casa griega distinguía entre el *gineconitis* (habitaciones interiores de la casa, destinadas a las madres de familia y criadas) y la *andronitides*, o parte reservada a los hombres. Y aunque Christine de Pizan (1365-1449, considerada la primera feminista de la historia) (PIZAN, 1998), nos ilustra sobre segregación con la construcción de una ciudad de mujeres virtuosas, de gruesos muros, con la intención de protegerlas de los hombres, poco después Alberti (1404-1472) (Capítulo VII libro V) insistía en recomendaciones como que al lado del dormitorio de la mujer debía ubicarse el guardarropa, mientras que al lado de las habitaciones del hombre debía instalarse la biblioteca. Así pues, la idea de espacios femeninos y masculinos diferenciados, con objetivos diversos, era una práctica común en todas las sociedades, como atestiguan textos y crónicas cristianas con sus descripciones de las cámaras, el gineceo o las celosías en los espacios reservados para mujeres.

Una separación que se consolida con las tribunas destinadas a las mujeres en las sinagogas; el *matroneum* de las iglesias paleocristianas y la posterior consolidación cristiana por la que hombres y mujeres deben estar separados en las iglesias (y que pervive en algunas confesiones), o una *saquifa* para las mujeres en las mezquitas, todos ellos ejemplos de una división espacial secundaria reservada para las mujeres y separada de las salas principales.

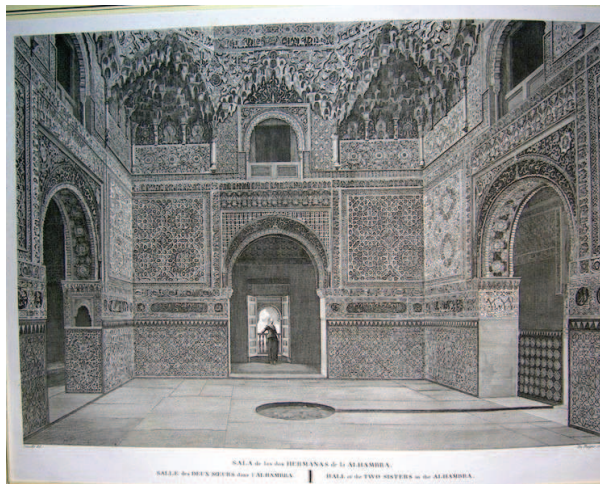
En el caso de la Alhambra, y aún con la dificultad de distinguir entre lo público y lo privado, se han identificado espacios propiamente femeninos (que no implica exclusivos ya que el sultán podía visitarlos). Por ejemplo los dos miradores superiores que hay en los laterales mayores asomados al Patio de los Arroyanos, protegidos por celosías, y en los que aún ahora se pueden distinguir los pequeños cuartos distribuidos tras las galerías. En el primer piso se ubicarían los cuartos de las 4 esposas legítimas del sultán, con sus accesos individuales y sus ventanas protegidas. En el segundo piso, la galería abierta también con sus celosías, ofrece una vista privilegiada sobre el patio, y esconde pequeñas habitaciones destinadas, con toda probabilidad, al servicio doméstico o a las habitaciones de los niños.

Algunos autores identifican como las dependencias de la sultana la sala de Dos Hermanas, la sala de Ajimeces y el mirador de Lindaraja (PUERTA VÍLCHEZ, 1988), considerado como residencia de una sultana por las bellezas que encierra este espacio así como por la inscripción del arco de entrada que hace alusión a la hermosura de una esposa. También los aposentos superiores de los Abencerrajes serían para el harén e incluso hay quien considera que toda la parte superior del Palacio de los Leones era para las mujeres (DÍEZ, 2011).

En este sentido, la visita a estos espacios es reveladora. Pasando por el Patio de los Leones hasta la escalera que hay entre el patio y la sala de los Abencerrajes, se puede acceder al primer piso y descubrir lo que se ha dado en llamar el harén (DÍEZ; NAVARRO PLAZÓN, 2015). El espacio dispone de un mirador enmarcado por una decoración exquisita sobre el Patio de los Leones. Desde el corredor se accede a habitaciones poco suntuosas, con una decoración sencilla y a un diminuto y sorprendente patio menor, único por su posición en un primer piso, pintado de suaves colores rosados, con un suelo en damero verde y blanco y con sus dos capiteles negros, únicos en la Alhambra.

Aunque en general se atribuyen los espacios más ornamentados y delicados al ámbito femenino, y esta creencia se mantiene durante el romanticismo tanto en los documentos escritos como en los pictóricos, la realidad muestra una jerarquía estética entre estos espacios y la rica decoración de los salones públicos, y el harén resulta un espacio íntimo, recogido aunque amplio, iluminado, amable, que habitado debía resultar acogedor y por qué no decirlo, feliz (GALERA, 1992).

Figura 4. Laborde, Alexandre de (Paris, 1773- ¿?, 1842).



Fuente: Voyage pittoresque et historique de l'Espagne - A Paris: De l'imprimerie de Pierre Didot l'ainé, MDCCCVI-XX, vol.1, p.616. Recreación de la Sala de Dos Hermanas.

Un tercer espacio a destacar es la Torre de las Infantas, considerado como un palacio en miniatura, y que algunos autores relacionan con el harén. El propio Jones consideró tras su visita a la Alhambra que el harén estaba por completo desaparecido, aunque aceptaba la posibilidad que se extendiera hacia el Patio de los Leones y hacia las Torre de las Damas o de las Infantas, basándose en algunos restos y las bellas habitaciones.

No podemos olvidar el jardín, lugar de encuentros amorosos según las propias poetisas musulmanas que, como ya hemos comentado, disponían junto a sirvientas y esclavas de mayor libertad para moverse por los espacios abiertos, mientras que las esposas, madres y concubinas observaban los jardines desde los miradores o desde sus estancias privadas. Y aunque el jardín está ocupado muchas veces por los hombres, la atribución del jardín como lugar de ocio y recreo se va a identificar visualmente con la imagen de la mujer.

De hecho, en las pinturas del recinto nazarí más conocidas como son las de la Sala de los Reyes, datadas según (BERNIS MADRAZO, 1982) entre 1380 y 1390, aparecen mujeres ocupando diversos espacios del jardín de un castillo. En la fuente de la juventud, ubicada en el exterior y ante el Castillo del Amor, un grupo compuesto por hombres y mujeres se baña en una fuente, y lo más habitual es mostrarlas en los quicios de los balcones y ventanas.

Frente a la fascinación generada por los espacios suntuosos, la arquitectura doméstica en cambio ha despertado poco interés y los estudios arqueológicos se han centrado en los palacios más que en los espacios funcionales, que es donde se generaban las relaciones de grupo, obviando, por ejemplo, otro espacio tradicionalmente asociado a las mujeres: la cocina.

Figura 5. Edwin Lord Weeks “La cour de l’Alhambra au temps des maures” – Óleo, 1876.



Fuente: Wikipedia Commons. In: https://fr.wikipedia.org/wiki/Edwin_Lord_Weeks#/media/File:Weeks_Edwin_Lord_A_Court_in_The_Alhambra_in_the_Time_of_the_Moors.jpg

El hecho de que en la Alhambra no se identifiquen explícitamente estos espacios, se puede deber a distintas razones: al ser un lugar que se utilizaba básicamente para la preparación de alimentos, en el

momento que ya no hay una ocupación continuada, los espacios tienden a perder su identidad. También es cierto que en algunos casos, por la importancia y el tamaño que debían adquirir las cocinas de algunos palacios, podía ser que en ellas se celebrasen reuniones e incluso podían funcionar como dormitorio de la servidumbre.

Esta plurifuncionalidad de los espacios es habitual en la cultura islámica. Así, algunos términos se confunden y tienen diversa interpretación: si bien la *saqifa* es una galería, la *sqifa* es el espacio de transición entre el interior y el exterior, una entrada en recodo o una estancia donde se hace esperar al visitante. Y no es casual que la *sqifa* en países como Túnez sea también ese espacio de transición frecuentemente utilizado por las mujeres como telar o para cocinar, aunque en otras acepciones, el término corresponda a un pasillo acodado que conducía de la calle al patio.

Tampoco hay que obviar que los espacios interiores disponían de su decoración interior, que evidentemente no ha perdurado en el tiempo salvo excepcionales restos custodiados en colecciones de arte y museos (VVAA, 1992). Y en este sentido las mujeres tenían una importante participación en cuanto que eran las que tejían y habitualmente bordaban los elementos textiles. Lo que en algunos textos de la época se denomina como “las cosas de las mujeres” significa todo el ajuar y también las comodidades: almohadones, cojines, alfombras, tapices y cortinas proporcionaban calidez y lujo, y esa decoración era tejida, cosida, bordada, aportada como dote y custodiada por las mujeres.

También en los catálogos de las exposiciones de arte islámico de los museos (VVAA, 1992), o en el propio museo de la Alhambra se descubren algunos ejemplos de los bienes que las mujeres aportaban con sus dotes nupciales: jofainas, aguamaniles, alhajas, estuches de juegos, cajas de cosméticos, arquetas, botes, candelabros, esencieros, cajas, jarras, diademas, ceñidores de pelo, pendientes, collares, colgantes, almazares (tocado musulmán), capas, casullas, franjas textiles, cerámicas como ataifores, orzas, zafas, braseros, lámparas y acetres. Todo un patrimonio.

Y dentro del recinto de la Alhambra también había espacios para la cotidianeidad que se daba en las plazas, zocos, pozos, ríos, fuentes, lavaderos o en los cementerios, que constituían uno de los espacios principales de reunión de mujeres pero también de mujeres con hombres.

Sería imperdonable terminar este recorrido en clave femenina sin detenerse en los Baños de Comares, aún a riesgo de caer en los tópicos y fantasías. Como ambiente destinado a los placeres y la felicidad según se lee en los textos árabes, los baños son, efectivamente, espacios para el goce.

Figura 6. La luz se filtra tenuemente por las linternas y crea el ambiente propicio para el goce y el descanso.



Fuente: Fotografía de la autora

Los baños de Comares suscitan interés como obra de “ingeniería ambiental”: la distribución por salas, la entrada de luz natural tamizada por las lucernas, el suministro de agua corriente, la liviandad estructural o la tecnología hidráulica que permitía las distintas temperaturas siguen sorprendiendo hoy en día. Y en cuanto a su uso, podemos suponer que, como describen algunas crónicas o incluso los edictos y ordenanzas (DÍEZ, 2007), había un estricto reparto de turnos para el uso de los baños, como sigue sucediendo en los baños públicos de los países árabes. O bien por días, o por horarios, las mujeres y los hombres accedían por separado y también había una separación entre etnias o religiones.

Pero el espacio del *hamam*, aunque puede describirse, es mejor vivirlo. Las mujeres, que acuden a él como mínimo una vez al mes, destinan horas a su aseo, sus tratamientos estéticos, sus tintes con henna y sus ungüentos. Es imprescindible, y succulento, el capítulo dedicado a los secretos de belleza del libro de Mernissi. Porque el baño no es solo placer físico. En él se da complicidad y camaradería, un ambiente de libertad, desprejuiciado, las mujeres se aconsejan unas a otras, se discute de política, se bromea sobre los maridos, se masajea y se frota con los guantes de crin y se usa el jabón de aceite, untuoso, que deja su aroma de fruta. Del *hamam* se sale mucho más mujer de lo que se entra.

El baño de Comares es hoy, tras su restauración, un espacio único que tuvo también durante los primeros años cristianos una intensa actividad constructora. Dado que se consideraba demasiado sensual, parece que fue reutilizado incluso como zona de cocinas y ha llegado a nuestros días con azulejos nazarís mezclados con revestimientos cristianos (DÍEZ, 2007). Aun así sigue desprendiendo misterio, con la luz filtrada por las lucernas, las dimensiones precisas, los suelos marmóreos y los poyetes para las camas.

Figura 7. Torres Molina, Manuel “Patio del Harem” Primer tercio del siglo XX.



Fuente: Patronato de la Alhambra y Generalife. In: <http://www.alhambra-patronato.es/ria/handle/10514/10313>

Las mujeres cristianas, de mecenas a suministradoras de materiales.

Con la caída de Granada, la Alhambra es ocupada en un principio por la soldadesca pero enseguida los reyes Católicos se empoderan del recinto y lo convierten en el símbolo, no solo de la reconquista, si no del poder y la suntuosidad heredada. Durante su reinado se produce la sacralización del espacio y la ocupación con nuevas casas para cristianos, se construye el aljibe, y se hacen “otorgamientos de los palacios y casas a médicos, repostero, boticario, un encargado de cámara, el copero, escribanos, la criada de la reina, el barbero y el sangrador de los frailes, etc.” (GALERA, 2017)

Pero la Alhambra cristiana mantiene el legado islámico (techumbres de lazo, ciertas yeserías, algunos tipos de cerámica arquitectónica) como también sucede con la Aljafería de Zaragoza y los Reales Alcázares de Sevilla. En ella se sitúa la residencia de los reyes, que reciben a Colón en 1500. Es en la Alhambra que se despidió la infanta Catalina en mayo de 1501 para ir hacia Inglaterra; en este mismo lugar murió el 20 de julio de 1501 el nieto de los Reyes Católicos, y la propia reina Isabel dio instrucciones de ser enterrada en la Alhambra si moría antes de tener terminada la Capilla Real en la Catedral.

Efectivamente Isabel de Castilla ofreció protección al monumento y se implicó en la reconstrucción, mejora y acondicionamiento de los espacios (DÍEZ; NAVARRO, 2015). En la documentación histórica de la Alhambra se habla del pago por distintas obras de adecuación bastante domésticas: un retrete sobre la capilla para la reina (entendido como un espacio íntimo o privado), un jardín y una huerta nueva bajo la

torre de Comares, un jardín cerca de los baños, o el arreglo de las cocinas; pero también impulsa el mecenazgo de hospitales y conventos como se esperaba hiciesen las mujeres nobles. A la fin, una ocupación muy en femenino.

La Alhambra cristiana fue ocupada por un nuevo “harén”: las damas de la corte, esclavas, expóstitas y moriscas. Pero como bien queda registrado en los archivos (GALERA, 2017), las mujeres se hacen visibles en documentos como el registro de sus dotes o en sus testamentos. Hay mujeres que “trabajan” como marchantes de arte, al servicio de la nobleza, como mozas de servicio o tejedoras de seda; mujeres dedicadas a los negocios de venta de esclavos, mercaderes de sedas, compra venta de fincas y que incluso dirigen negocios con las Indias, y mujeres artistas, artesanas e incluso constructoras, que trabajan en los talleres familiares.

Efectivamente en la edad media era frecuente la contratación de mujeres como mano de obra especializada: hay noticias sobre mujeres en el siglo XIII ayudando en la construcción de diversas obras en Navarra o en Sevilla; mujeres como ayudantes de albañiles que aparecen mencionadas en los ordenamientos de las Cortes de los reinos de León y Castilla en 1351, o a lo largo del siglo XIV en la catedral de Toledo, la cantera María Pierredonda que trabaja en la construcción de un puente (DÍEZ, 2011); y mujeres cargando yeso, extendiendo colores sobre tablas, porteadoras de material como cal, arena y agua, arando la tierra, cavando, pisando y labrando cimientos, poniendo ripio, tapiando, haciendo andamios, labrando en el tejado, limpiando talleres y caños, como fundidoras, picapedreras, y encaladoras, como atestiguan los alquileres de instrumentos o las imágenes en la techumbre mudéjar de la Catedral de Teruel. Mujeres que cobran menos, con dificultades para acceder a la maestría pero que se especializan dentro de los talleres familiares y consiguen, en contadas ocasiones, nombre propio.

Figura 8. Detalle de la techumbre mudéjar de la Catedral de Teruel, con mujeres trabajando en la construcción.



Fuente: <https://www.almendron.com/artehistoria/artes/arquitectura/la-techumbre-de-la-catedral-de-teruel/>

Es el caso de Isabel de Robles, que como atestiguan los libros de pagos de la Alhambra surge desde su taller, entre 1537 y 1546, azulejos destinados principalmente a los baños de Comares de la Alhambra

(DÍEZ, 2011) y tal y como se especifica en los recibos suministra gran variedad de piezas y colores: ladrillos prietos, tejas grandes verdes y blancas, tablillas de azulejos, alizares, cintas, olambres y romanos.

En la documentación sobre el proceso de reformas y obras en la Alhambra del siglo XVI (DÍEZ; NAVARRO, 2015) se ha encontrado referencia a esta mujer alfarera y a otra que trabajaba fuera de la Alhambra. Parece que eran hermanas, “cristianas viejas” casadas con moriscos, y probablemente ambas eran viudas que habían heredado el taller del marido aunque mantuvieron su nombre y apellido propio y no el calificativo “viuda de”. Ambas mujeres aparecen en los documentos de contratos y pagos hasta que sus hijos son mayores de edad y heredan el taller, pero el hecho de que mantuvieran los talleres en pleno rendimiento demuestra que tenían un conocimiento íntegro del negocio y quizás también de la técnica, probablemente porque ya eran hijas de alfareros (los matrimonios dentro del gremio eran habituales).

5 A modo de corolario

Fred Morley, autor de la famosa fotografía *The Milkman* (1940), fue un reportero británico que durante la II Guerra Mundial realizó multitud de fotografías intentando captar la cotidianidad de un momento dramático. De su obra, recogida parcialmente en el fondo Getty Images, llama la atención que en ella aparecen sobre todo mujeres. Morley permaneció en Londres durante los bombardeos y la realidad del momento se registra en los grupos de mujeres trabajando en las fábricas, recogiendo escombros, con sus monos de trabajo, trasegando uniformes y mantas, tirando de carros, haciendo deporte, contestando desde centralitas telefónicas o dramáticamente andando sobre los escombros con sus uniformes de enfermeras o bomberas.

En el delicado libro sobre Owen Jones y la Alhambra (CALATRAVA; ROSSER-OWEN y THOMAS, 2011), en la página 68 hay una fotografía de Morley en la que aparecen dos mujeres jóvenes rescatando, en 1937, los azulejos de un revestimiento que correspondía a la reproducción que Jones había proyectado y construido para ser expuesta en el *Alhambra Court* de Sydenham². Una de ellas es Chrystal Buckland, hija de Sir Henry Buckland, director del Crystal Palace. De entre la documentación consultada para escribir este artículo el hallazgo de esta fotografía resultó revelador. Tan solo hacía falta una manera de registrar fidedignamente la realidad para hacer visibles a las mujeres, porque siempre han estado: allí, aquí, entonces y en todas partes.

Referencias

BARRUCAND, M. **Arquitectura islámica en Andalucía**. Colonia: Taschen, 1992.

BATUTA, I. **Els viatges**. Barcelona: Proa, 2005.

BERNIS MADRAZO, C. Las pinturas de la sala de los Reyes de la Alhambra. Los asuntos, los trajes, la fecha. **Cuadernos de la Alhambra** (18), 1982, p. 21-20.

BOLOIX GALLARDO, B. **Las sultanas de la Alhambra**. Las grandes desconocidas del reino nazarí de Granada (Siglos XIII-XV). Granada: Editorial Comares, 2013.

CALATRAVA, J., ROSSER-OWEN, M., & THOMAS, A. **Owen Jones y la Alhambra**. Granada: Patronato de la Alhambra y el Generalife, 2011.

² <https://www.gettyimages.co.uk/detail/news-photo/women-working-on-mosaics-from-the-famous-alhambra-court-at-news-photo/3281473#/23rd-july-1937-women-working-on-mosaics-from-the-famous-alhambra-at-picture-id3281473>

- DÍEZ Jorge, M. E. (2007). Los alicatados del Baño de Comares de la Alhambra, ¿Islámicos o cristianos? **Archivo español de arte**, LXXX(317), 25-43.
- DÍEZ Jorge, M. E. **Mujeres y arquitectura: mudéjares y cristianas en la construcción**. Granada: Editorial Universidad de Granada, Campus Universitario de Cartuja, 2011.
- DÍEZ Jorge, M. E. (s.f.). El espacio doméstico: lo femenino y lo masculino en la ciudad palatina de la Alhambra. **Biblioteca de Patronato de la Alhambra y Generalife**, [s/d], p. 155-181.
- DÍEZ Jorge, M. E.; NAVARRO Palazón, J. **La casa medieval en la Península Ibérica**. Madrid: Sílex Ediciones, 2015.
- DÍEZ Jorge, M.; Espinosa Villegas, M. Cristianas, judías y musulmanas: multiculturalidad de espacios femeninos en la arquitectura. **XIII Congreso Nacional de Historia del Arte**. Granada: Comares, 2000, p. 97-103.
- ETTINGHAUSEN, R., & Grabar, O. **Arte y Arquitectura del Islam 650-1250**. Madrid: Ediciones Cátedra, 1987.
- FUENTE, M. J. **Cristianas, musulmanas y judías en la España medieval**. Madrid: La esfera de los libros, 2006.
- GALERA Andreu, P. **La imagen romántica de la Alhambra**. Madrid: El Viso, 1992.
- GALERA Mendoza, E. **Mujeres en la Alhambra**. Colección de documentos de los siglos XVI y XVII. Alcalá de Henares: Universidad de Alcalá, 2017.
- GOYTISOLO, J. **Estambul otomano**. Ediciones Península: Barcelona, 2003.
- IRVING, W. **Cuentos de la Alhambra**. Granada: Miguel Sánchez Editor, 1974.
- MALPICA Cuello, A. La Alhambra, ciudad palatina. Perspectivas desde la Arqueología. **Arqueología y Territorio Medieval**, 2001, p. 205-251.
- MERNISSI, F. (2007). **Marruecos a través de sus mujeres**. Ediciones del oriente y del mediterráneo, 2007.
- MERNISSI, F. **Sueños en el umbral** : memorias de una niña del harén. Barcelona: El Aleph Editores, 2011.
- PALAZÓN, V. E. **Casas y palacios de Al-Andalus**. Barcelona: Lunwerg Editores, 1995.
- PIZAN, C. D. **The book of the city of ladies**. Revised Edition. New York: Persea Books, 1998.
- PUERTA Vílchez, J. M. (1988). La utopía arquitectónica de la Alhambra de Granada. **Biblioteca del Patronato de la Alhambra**, 55-76.
- RUBIERA, M. J. **La arquitectura en la literatura árabe**. Madrid: Libros Hiperión, 1988.
- SAID, E. W. **Orientalismo**. Barcelona: Random House Mondadori, 2003.
- SYDENHAM Town Forum. Recuperado el 28 de febrero de 2018, de <https://sydenham.org.uk/forum/viewtopic.php?t=1551>
- VITRUVIO, M. **De Architectura**.(s.f.).
- VVAA. **Al-Andalus**. Las artes islámicas en España. Madrid: El Viso (de la edición española); The Metropolitan Museum of Art, New York, 1992.

Recebido em 22/04/2018.

Aceito em 08/06/2018.